



Resiliencia

El diccionario define la palabra resiliencia, desde la psicología, como la «capacidad que tiene una persona para superar circunstancias nefastas como la muerte de un ser querido, un accidente, etc.».

Después de pasar por estas experiencias traumáticas que dejó el conflicto, **¿cómo vencer el miedo al miedo?**

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.



Apoya:



FUTURO ≡ N TRÁNSITO

RESILIENCIA

FUTURO ≡ N TRÁNSITO

RESILIENCIA

Javier Ortiz Cassianni

Gilmer Mesa

Cristian Valencia

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuellar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)
Carlos Ospina Galvis
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)
Patricia Tobón Yagari
Alejandro Valencia Villa

Secretario general

Mauricio Katz García

Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Diana Britto, *directora de conocimiento*
Juan Carlos Ortéga, *director administrativo y financiero*

Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

Futuro en tránsito

Dirección general: Alonso Sánchez Baute

Coordinación editorial: John Naranjo

Dirección de arte: Raúl Zea

Editores: Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

Equipo de diseño: Juliana Salazar - Guido Delgado

Corrección de estilo: Andrés López - Alberto Domínguez

Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

Resiliencia

JAVIER ORTIZ CASSIANI

GILMER MESA

CRISTIAN VALENCIA

Resiliencia

© 2020 Javier Ortiz Cassiani

© 2020 Gilmer Mesa

© 2020 Cristian Valencia

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

Delegación de la Unión Europea en Colombia

Patricia Llombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1

ISBN VOLUMEN: RESILIENCIA 978-958-5586-39-0

© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

Presidente de la Comisión de la Verdad

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generará cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

PRÓLOGO

COLOMBIA ES UN PAÍS DONDE UN AGOBIO SE troncha para dar paso a otro; donde hay madres que han visto morir a todos sus hijos en la guerra e hijos que han tenido que conformarse con enterrar uno que otro resto de sus padres.

Y mientras ellas gritan desesperadas el dolor que se les atollará por siempre en la garganta, los hombres callan, miran de reojo, se muerden los labios, sospechan de todo sin olvidar la venganza. Se hace imposible eliminar esos recuerdos por la incapacidad de hablarlos. Y al callarlos, la herida no sana.

El diccionario define la palabra resiliencia, desde la psicología, como la «capacidad que tiene una persona para superar circunstancias nefastas como la muerte de un ser querido, un accidente, etc.». Después de pasar por estas experiencias traumáticas que dejó el conflicto, ¿cómo vencer el miedo al miedo? ¿Cómo fortalecer comunidades y ecosistemas para superar angustias, dolores y traumas y superar las dificultades?

La resiliencia cobra importancia en la ayuda mutua para salir adelante, en el apoyo a las víctimas para superar circunstancias traumáticas o para desarrollar capacidades que se

encontraban latentes pero que el individuo desconocía hasta el momento. Y es también el resultado de una relación armoniosa entre la sociedad y la naturaleza, el cual necesita fortalecerse.

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de trece que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En esta oportunidad se invitó al historiador Javier Ortiz Cassiani, cuyo ensayo narra la resistencia del pueblo afro y el valor de la dignidad para sostenerse en pie; al escritor Gilmer Mesa, quien explica en su texto cómo levantarnos de modo diferente, con otra sensibilidad, otra perspectiva de

vida y el conocimiento real de quiénes somos; y a Cristian Valencia, el cronista que da un nuevo significado a la palabra resiliencia: «Es poder reconstruir lo humano que nos queda entre los huesos».

Alonso Sánchez Baute

Director del proyecto



JAVIER ORTIZ CASSIANI

Son de negros

ME CRIE EN «LAS AZAROSAS GARRAS DE LAS CIRCUNSTANCIAS» en un barrio de invasión en la ciudad de Valledupar, adonde recalaron varias familias de migrantes que quedaron huérfanas del algodón cuando la bonanza llegó a su fin. Muchos simplemente no tuvieron ganas de regresar; en sus lugares de origen las cosas también estaban difíciles, y, por otro lado, los hijos que llegaron pequeños o los que habían nacido en esas tierras, acunados entre sacos para la recolección, ya habían empezado a fundar allí su propia memoria. Cuando el sonido de una sirena interrumpía la programación habitual de radio *Guatapurí* para dar «un avance informativo», lo más probable es que el muerto o los muertos que anunciaban todavía estuvieran tibios en alguna de las calles destapadas y pedregosas de nuestro barrio. Por la frecuencia en que se movían por la zona, los chicos y chicas de la barriada aprendimos a decirle «el 2», con cierta reverencia, asombro,

miedo y voz susurrada, «al F2, la fuerza de inteligencia de la Policía Nacional creada en tiempos de Rojas Pinilla», a cuyos miembros los cubría el mismo manto mítico que arropaba a los ladrones que perseguían. A ambos los precedía la misma «virtud»: eran ligeros con el gatillo. En todo caso no es que viviéramos todo el tiempo esquivando balas y saltando muertos, pero el barrio era bravo.

No por esa condición, pero sí por la pobreza y porque mi infancia osciló entre ese barrio y la vida rural, mi proceso escolar fue accidentado y tardío. Nunca se me olvidó la imagen de uno de mis hermanos borrando con un pequeño algodón empapado en alcohol el número 3 de mi boletín de calificaciones de tercero de primaria, para reemplazarlo, con su caligrafía precisa, por un 4, de modo que pudiera matricularme en quinto grado. Era flaco como un suspiro de tísico y mi talla sugería que tenía menos años, pero la familia tenía claro que se me estaba haciendo tarde para cursar en una edad medianamente decente el bachillerato. El alcohol usado para alterar el boletín surtió efecto: me gradué con honores de quinto de primaria y pude ingresar a estudiar la secundaria en un colegio público del mismo barrio.

Nunca reprobé un año, siempre estuve en el cuadro de los mejores estudiantes y fui un lector que se salía del promedio de lectura de los habitantes de un barrio pobre en una ciudad de provincia. Leía de todo: cómics de periódicos atrasados, las fotonovelas *Juana Iris* de mis hermanas, paquitos de

Memín, Kalimán, Arandú y Águila Solitaria, novelas vaqueras de Marcial Lafuente Estefanía, viejas ediciones de *Selecciones* del Reader's Digest, ensayos del *Magazín Dominical* de El Espectador, Vargas Vila, Hemingway, García Márquez... Leí *Las aventuras de Tom Sawyer* y con cierta sistematicidad los tomos de *Las aventuras de Tintín* en una pequeña biblioteca escolar ubicada en un Centro de Desarrollo Vecinal (CDV) a dos cuadras de la casa, pero debido a la escasez no alcanzaba a ser un lector metódico sino desordenado, y esa realidad me llevaba a lecturas no aptas para mi edad: nunca he olvidado el impacto que me causó leer *Papillón* a los once años con sus páginas llenas de celdas, calabozos, cloacas, leprosos, castigos infames, fugas temerarias y presidiarios cuya única manera de proteger el dinero era llevarlo metido en estuches dentro del ano, con la posibilidad de que la guardia los descubriera o que algún preso avaro estuviera dispuesto a aumentar su fortuna hurgando en la cavidad más íntima, acechando a sus víctimas en los retretes.

Seguí leyendo. En todo caso mi barrio no era un oasis de inocencia infantil.

Me anteceden varias generaciones de labriegos sin estudios profesionales y ni siquiera secundarios, incluyendo una abuela y una bisabuela bailadoras de fandango, y no se descarta, si se busca en la memoria familiar más remota, antepasados negros esclavizados. Pero en medio de esa escasa tradición libresca, en casa siempre hubo reverencia por el

conocimiento y la lectura. No sé de dónde venía, pero era un edificio sólido construido en medio de la escasez material a partir de una dignidad de hormigón que tenía a mi madre —una mujer que apenas pudo terminar la primaria— como su cancerbera insobornable. Todo esto, además, se manejaba de forma tácita. No existían decálogos de comportamiento, ni actitudes de penitentes, ni nunca hubo una devoción fanática a ningún tipo de religión que dictara las normas. Era un sentido de la moral, la ética y la justicia secular que sucedía simplemente mientras una prole inmensa trataba de vivir en un barrio pobre en la frontera. Mantener la dignidad no nos demandaba un esfuerzo sobrehumano, y lo más importante, no éramos los «bichos raros» de la cuadra. Estábamos integrados al barrio: a su solidaridad de pobre, a sus gustos populares, a sus rituales de paso, a su goce en la miseria. Íbamos, sin embargo, trepados sobre algo de lo que no teníamos mucha conciencia porque lo vivíamos de manera natural, pero que el resto de la gente sí lo advertía: «eso no pasa en casa de los Ortiz», «eso no lo hacen los Ortiz»; «no creo que allí estuviera ninguno de los Ortiz, a ellos no les gustan esas cosas», solían decir.

Puedo mencionar con precisión el momento en que sentí la textura del material con que estábamos hechos. Fue una madrugada a finales del año 1990: se había organizado un bazar bailable en el colegio donde cursaba el grado 11º, con la intención de recolectar fondos para algunos arreglos del

plantel y sobre todo para los gastos de la excursión de la promoción a la ciudad de Cartagena. Para ahorrar costos, los estudiantes hicimos las veces de meseros y dependientes, de modo que por nuestras manos pasaba el dinero con el que los asistentes pagaban el consumo de bebidas y comidas. Cuando la fiesta se acabó, un considerable grupo de estudiantes salimos juntos dispuestos a servirnos del material fresco que una fiesta recién finalizada ponía en bandeja para el cotorreo escolar. No habíamos avanzado dos cuadras cuando los chicos empezaron a sacarse billetes convertidos en pequeños líos de los lugares más inusitados. Los llevaban escondidos en los zapatos, dentro de los calcetines, entre la correa y la pretina del pantalón y hasta en los calzoncillos. Varios se quedaron observándome, como esperando que yo los siguiera en aquella coreografía de la viveza, pero yo no tenía nada que sacar. No había tomado para mí ningún billete, y me parecía lo más natural que las cosas fueran de esa manera. Aquel acto no estaba probando a mis compañeros —sé de la vida de algunos de ellos y que yo sepa aquello no fue el rito de iniciación de una carrera de hampones de la peor ralea—, me estaba probando a mí mismo o, dicho de otra manera, me estaba haciendo consciente de las herramientas que cargaba en la mochila para enfrentar una vida difícil.

Resiliencia, llaman ahora a todo esto. Seré sincero: la palabra no me atrae. No me gusta por su frecuente uso y abuso. Por su dificultad sonora. Por el esfuerzo que demanda pronunciarla.

Por ese sonido incómodo que generan el par de íes demasiado cerca, y esa tercera antes del final cuando ya crees haber superado el embrollo; la pronunciación se constriñe, la lengua se lía y no danza en movimientos largos y cadenciosos. Culpemos a la etimología: resiliencia viene del latín *resilio* —*resili, resilui, resilire, resilitare, resultum*—; los diccionarios de latín, español —desde las reediciones de los escritos por Antonio de Nebrija a finales del siglo xv— lo definen como «retroceder»; «salirse afuera»; «saltar»; «surgir»; «rebotar»; «resalto»; «saltar hacia atrás»; «reclar»; «retroceder»; «retirarse»; «saltar de nuevo»; «saltar muchas veces...». Diferentes disciplinas del conocimiento la adaptaron a sus propósitos: la botánica la usó para mostrar la elasticidad y la flexibilidad que tenían los tallos de algunas plantas para recuperarse; es común que en documentos sobre el uso de suelos y tratados medioambientales se hable de la capacidad de resiliencia —recuperación, regeneración— del territorio y de la naturaleza; y la ingeniería, la mecánica y la física usaron el término para definir la virtud que tienen algunos materiales de volver a su estado original después de recibir fuertes impactos.

A los seres humanos, como suele suceder, nos llegó tarde: la adopción del término por la psicología no ocurrió sino hasta bien entrado el siglo xx, pero en su paulatino cotejamiento fue más allá que en el resto de las disciplinas. Aquí la resiliencia no consiste en retroceder, en echarse hacia atrás, en rebotar, en evadir los obstáculos de la vida o los ambientes

difíciles. Tampoco en recibir el impacto traumático, asimilarlo y volver a la condición de antes. Si vamos a seguir pensando en los orígenes etimológicos, quizá catapultar sería una analogía adecuada. La resiliencia se trata de la capacidad que tienen algunas personas para superar situaciones adversas —contextos de violencia de todo tipo, maltratos y pobreza extrema—, encaramarse en ellas, afrontar la situación, usarlas como un trampolín para construir experiencias enriquecedoras, y salir más fortalecidos y en mejores condiciones que las iniciales.

Ya sabemos que antes de la palabra que la nombrara estuvo la acción. A veces sucede que la realidad va adelante del concepto que la precisa; una máxima de san Agustín sugiere que no es el signo el que le da sentido y presencia a la cosa sino la cosa la que hace conocer al signo; y, en ocasiones sentimos que a la palabra le faltan brazos para abarcar completamente lo que intenta definir. En todo caso, si bien fue tardío el uso de la noción de resiliencia para referirse a una condición humana, habría que decir que la humanidad ha sido resiliente desde siempre, y a estas alturas puedo renunciar a mi capricho estético en contra de la palabra. Hemos sido resilientes desde mucho antes de que alguien nos dijera que lo éramos. Visto así, la infame trata esclavista de africanos y los efectos que generó la diáspora forzosa en la definición histórica de los lugares adonde fueron llevados, es un ejemplo contundente. Ningún hecho más traumático que aquel vivido por

millones de personas arrancadas de sus lugares de origen y lanzados a un océano sin brújula y sin mapa. Tratados como mercancías, cosificados, convirtieron —de múltiples maneras y a través de diferentes recursos— toda su vida en un proyecto para el reconocimiento de su humanidad. Atrás quedaban los ombligos enterrados y una memoria a la que acudieron para ponerla a dialogar con lo que podían arañarle a la tierra en la que fueron arrojados. Nada más difícil. Pero en la superación de la dificultad, encaramados en la cresta de la ola, se reinventaron para demostrar que eran mucho más que la mezquindad que los definía. Montados sobre el potro de los prejuicios, que todavía permanece en actitud rampante, sus descendientes lo siguen haciendo. Pero lo más importante de todo esto es que fueron esas acciones resilientes —representadas en formas de resistencia, construcción de sentido de vida, expresiones culturales y manifestaciones artísticas— las que ayudaron a definir la identidad de los lugares donde habitaban. No es para nada descabellado decir, sino apenas un simple acto de justicia, que en todos los países receptores de esclavizados buena parte de lo que hoy se considera como identidad nacional —con todo y su problemático reconocimiento— ha sido definida por los actos de resiliencia de su población negra.

Ha sido también en estos históricos actos resilientes, en medio de las más duras condiciones, «donde se produjo el sí mismo moderno», como señaló el investigador

Michel-Rolph Trouillot para el caso del Caribe. «Si la modernidad es también la producción de individualidades sí mismas (*self*) mediante patrones de producción y consumo —dice—, los esclavos del Caribe fueron modernos, pues interiorizaron los ideales de mejoramiento individual a través del trabajo, la propiedad y la identificación personal con algunas comodidades particulares». Cuando Moreau de Saint-Méry —un estadista nacido en Martinica— describió la parte francesa de Santo Domingo a finales del siglo XVIII, se sorprendió de que un hombre, miembro de una cuadrilla de esclavizados que toda la semana manejaba el azadón, el domingo se vistiera de forma elegante para ir a la iglesia o al mercado, tanto que era sumamente difícil identificarlo como la misma persona que pasaba normalmente los días encorvado en la faena con su instrumento de labranza. Pero esta metamorfosis —señala el funcionario—, era todavía mucho más radical «en la mujer esclava que se pone una falda de muselina o un pañuelo paliacate o de Madrás» en los días especiales. Cuando fue al lado español de la isla, advirtió sobre la ley que no permitía a las mujeres negras libres usar prendas de oro, perlas, seda, «ni una manta o mantilla que caiga más debajo de la cintura, so pena de confiscación de esos adornos». Toda ley es la confirmación de una anomalía. En realidad, la disposición revelaba lo arraigado de una costumbre que hacía rabiar a las mujeres blancas, además de la agencia de las mujeres negras en la

construcción de su identidad y dignidad en una sociedad de castas. Los archivos del Caribe, tanto los de la parte insular como los de la continental, están llenos de información sobre pleitos a propósito de los reclamos por la manera de vestir de las mujeres afrodescendientes. En medio de todo, nunca se resignaron a la condición impuesta y fueron construyendo una manera propia de hacer las cosas, que con el tiempo fue permeando y definiendo las dinámicas culturales de los espacios donde habitaban.

Siglo y medio después, durante su visita a Cuba, al poeta Federico García Lorca le sobraría sensibilidad para embriagarse con esa dignidad resiliente que se empezó a construir desde los primeros desembarcos. Entre el 7 de marzo y el 12 de junio de 1930 estuvo en Cuba invitado como conferencista por la Sociedad Hispanocubana de Cultura que presidía el destacado intelectual Fernando Ortiz. De esa visita surgió el poema *Son de negros en Cuba*, publicado por primera vez, con el título original *Son de Santiago de Cuba*, en la edición abril-mayo de 1930 de la revista *Musicalia* de La Habana, y luego incluido en el libro *Poeta en Nueva York*. El poema es una especie de son montuno, una descarga jubilosa que contrasta con la desesperanza y la tristeza de hollín con la que describe a los negros neoyorquinos en buena parte del libro. El poeta cubano José Lezama Lima, quien apenas iba a cumplir 20 años cuando asistió a varias de las conferencias que dictó el granadino en el Teatro Principal

de la Comedia en La Habana, mencionaría más adelante la fascinación de este «por muchos sonos y conjuros» de la isla, «principalmente por nuestros reales negros cubanos». «El estribillo *Iré a Santiago*» —diría— era una muestra de la asimilación de que «el prodigio de nuestro sol es, trágicamente, tener sonidos negros, como el caer de una cascada sombría detrás de las paredes donde se lanzan al asalto los cornetines del bailongo». Existían antecedentes: alguna vez Lorca mencionó la máxima que le había dicho el cantaor jerezano Manuel Torre: «Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende». Lorca no solo fue a Santiago «en un coche de agua negra» y «brisa y alcohol en las ruedas», se dejó seducir por Cuba «por toda Cuba» y extasiado escribió cartas en las que hablaba de la isla como un paraíso en el que había pasado los mejores días de su vida. A mí personalmente me sobrecoge, por su gracia poética y por su carga íntima, lo que escribió de su puño y letra al respaldo de una fotografía que le tomó a una niña y un niño negros en un mirador del Valle del Yumurí, en Matanzas: «Pocas cosas en el mundo más bellas que esta adorable pareja de niños negros del Valle del Yumurí, uno de los recuerdos más sensibles que me llevo de la isla de Cuba. Lydia y Orlando. Amigos de la negra Metilina Rendón. Tengo necesidad de decir que lo más bello de toda la isla son los niños negros. Y que el Orlando de esta foto limita con un silencio prodigioso que solo entienden Dios y algunos cocodrilos».

En la barriada negra de Chambacú, cerca al centro amurallado de Cartagena de Indias, se sabía de los silencios prodigiosos de las aves que dormían las noches en los manglares del Lago del Cabrero, pero sobre todo de las algarabías de dignidad en medio de la pobreza y la estigmatización. El escritor Manuel Zapata Olivella también lo sabía. Manuel sabía muchas cosas. Si algo caracteriza su escritura, en la prolijidad de sus formas, es la incontestable conexión con experiencias vitales. En Chambacú habían vivido sus tías paternas con sus primos, y él mismo, de niño, había ayudado a construir aquellos ranchos en esa isla de tierra completada con rellenos de sobras convertidos en esperanzas. Allí «reinaba la anemia y el desamparo», pero «también bullía el espíritu de superación», decía Manuel. Manuel decía muchas cosas. No solo por su novela *Chambacú, corral de negros*, sino también por su incansable preocupación por todos los marginados del viejo puerto esclavista, Zapata Olivella se convirtió en el propagandista documentado de la resiliencia. Alguna vez dijo: «Abatidos en el día por los soles verticales y en las noches por el frío de las brisas marinas; bajo las lluvias de los aguaceros y zancudos, los negros de Chambacú inventaron un nuevo género de vida humana que les permitió ser opulentos y alegres en su pobreza».

En este punto conviene decir que había una conexión entre Manuel y el autor de *Poeta en Nueva York*. Lorca llegó a la ciudad de «arquitectura extrahumana y ritmo furioso»

en junio de 1929 y Manuel lo hizo casi veinte años después; aunque por diferentes motivos y en condiciones incomparables, ambos convirtieron al barrio de Harlem en un punto de referencia. «¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! / ¡No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos, / a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro, / a tu violencia granate sordomuda en la penumbra, / a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje!», se lamentaba Lorca en el poema «Oda al rey de Harlem». Sin duda, parte de la angustia y la desesperanza que se respira en los poemas escritos en Nueva York tiene que ver con la sacudida económica mundial de 1929 que tuvo a Wall Street como epicentro, pero es sorprendente que solo unos meses después en Cuba, el andaluz ya se moviera como un «aplata-nado» —expresión cubana para denominar a un foráneo que se integra fácilmente—, un cubano más, que escribió «Son de negros en Cuba» asaltado «por los cornetines del bailongo». Aquí nadie «con una cuchara / arrancaba los ojos a los cocodrilos», al contrario, estaban bien puestos en la cara de Orlando —el niño negro de la fotografía— para confirmar con su mirada el silencio prodigioso que lo emparentaba con ellos y con Dios.

Zapata Olivella también habló de Harlem, pero con un propósito bien claro que no dejaba lugar para las sutilezas de la interpretación poética. Lo hizo a finales de los años sesenta del siglo xx, cuando el destino del barrio ya se había definido

por la burocracia de la planificación urbana que no contemplaba la solución de la pobreza, sino que la mandaba a los bordes de la ciudad para que no contaminara el paisaje que se quería mostrar. El texto, es una comparación del grado de resiliencia —por supuesto, no usó esa palabra— de los negros de Chambacú y de otros barrios pobres del Caribe en comparación con Harlem: «Los que conocimos los tugurios de Nueva York nos asombramos ante Chambacú. No por las estructuras físicas de su miseria sino por la apariencia de sus habitantes, por su alegría, su vigor y su optimismo. Aquello que no se ha podido desarrollar en Harlem, la confianza en sí mismo, se encuentra en Chambacú en cada esquina, en los juegos de los niños entre el barro, en el tono de igual a igual entre los mayores. En su tranquilo orgullo. Los nuevos estudiosos de la cultura negra que están floreciendo en las universidades de los Estados Unidos luego de estudiar los nuevos países africanos deberían analizar con cuidado el fenómeno cultural del Caribe.»

Alegría, vigor, optimismo, juegos infantiles, confianza en sí mismo, orgullo... decía en la víspera del desmantelamiento del barrio. Pero no desde la tacañería del análisis prejuiciado que celebra la supuesta felicidad del salvaje en la desgracia como fundamento de la exclusión; aquello era una aplastante declaración de principios sobre la necesidad de tomar en serio la apuesta ética y estética de unas comunidades capaces de reinventarse con orgullo a pesar de las condiciones

de miseria. Manuel lo sabía. Manuel sabía muchas cosas. Manuel decía muchas cosas. Cuando los chambaculeros de Manuel sacaban sus últimos corotos y el terreno quedaba yermo, apto para que germinara la corrupción y la especulación, yo nacía con otro barrio en otro lugar del Caribe colombiano, con algo —por heredad— de la resiliencia ancestral de Chambacú. ‡



GILMER MESA

¿Quién y qué no es infierno?

*Para Trix Acosta,
resiliente total desde antes de nacer.*

CADA CIERTO TIEMPO SE PONE DE MODA UN TÉRMINO QUE pretende explicar algún fenómeno que de tanto repetirse se hace notable, aunque lo novedoso sea el término, no el fenómeno. En mis más de cuatro décadas he visto el nacimiento, la defunción y en algunos casos la permanencia de terminologías extraídas de disciplinas específicas, fulgurantes de innovación, «y de las cuales la gente divulga apenas un extracto de su significado» por lo regular el más llano y el más banal, en una suerte de sinécdoque argumental que parcializa, cuando no desestima totalmente el sentido de la palabra, dejando apenas su forma difusa que termina

imponiéndose y extendiéndose en su uso y aplicación, tales los casos de «sublimación», «patrimonio», «interdisciplinar» y más recientemente, «bioseguridad». Luego de un tiempo pierden su novedad y retornan al empleo exclusivo de especialistas. Igual suerte ha corrido la palabra «resiliencia», un término hermoso en su sonoridad y significado, pero complejo y dudoso en su aplicación. Devenido de la física, en donde denota la cualidad de algunos materiales de recuperar su forma original después de estar expuestos a una presión o una fuerza externa, como lo hacen los resortes o el acero, y adaptado por la psicología en la década de los años setenta del siglo pasado como la capacidad de las personas de sobreponerse a los problemas o a las tragedias. Hasta su llegada, no había un término compacto para definir la capacidad del ser humano para adaptarse a una situación difícil. Algunas palabras como «resistencia», «solidaridad» o «supervivencia» se quedaban cortas. Una de las máximas autoridades en la materia, el doctor Boris Cyrulnik, la define como «la capacidad de los seres humanos sometidos a los efectos de una adversidad, de superarla e incluso de salir fortalecidos de la situación.»¹ En Colombia apenas supimos del término recientemente, no por carecer de los traumas que lo suscitan, sino porque

1 Cyrulnik, B. (2003). *El murmullo de los fantasmas: volver a la vida después de un trauma*. Gedisa, Barcelona.

nuestra entereza daba por sentado su contenido sin necesidad de designación alguna, porque nuestra determinación, aunque innominada, era firme. Conocer la palabra no ha sido más que homologar lo existente, renombrar el temple y el espíritu combativo que ha caracterizado a quienes han sufrido y sufren el motivo del término en este país, personas que han mantenido la salvaguarda del sentido de la propia vida a pesar de cualquier evento traumático que hayan enfrentado, sin denominarlo con ningún término novedoso, que en algunos casos cumple una función ambigua, excluyente, contraria a su objetivo: que sean tenidas en cuenta dentro de la dinámica social de la que fueron escindidas por el evento traumático que vivieron. Hay mucha gente que resiste sus penas en soledad y con la angustia del silencio, que no grita buscando solidaridad, solo esperan que se les legitime el derecho a existir en igualdad con los demás, que les sean restituidos los valores sociales y culturales que el trauma (violencia, desplazamiento, violación, muerte y un largo etcétera) les negó, que puedan reencontrar su lugar. No tengo ningún problema con que la gente aprenda nuevos conceptos que le permitan designarse con mayor propiedad, ni que se exprese con términos sugerentes como el de «resiliencia», pero me incomoda cuando estos sirven a una agenda gubernamental que se los apropia, los propala y los impone como apremiantes, desconociendo el esfuerzo superlativo que algunas personas han hecho y hacen en este

país para sobreponerse al rimero de traumas que soportan a diario. Esta palabra y su alcance son tan potentes, que incitan a un proceso luminoso, tenaz y humano como ninguno, pero cuando es usada por dirigentes en sus lineamientos, pierde su potencia y suena muy cercana al eufemismo, y al igual que este, la resiliencia en su voz adquiere un carácter eminentemente elusivo; además, sientan cátedra sobre su proceso, arrogándose el derecho de decir quién y cómo deben ser resilientes, y aquellos que no siguen estas pautas son discriminados de nuevo, creando en ellos un sentimiento de obligatoriedad, algo así como que «si no soy resiliente es porque me quedé en el pasado», como si el olvido se pudiera decretar, como si el pasado no nos constituyera y no fuera de ahí de donde se sacan las fuerzas para vivir el presente y proyectar el futuro, pero es que el pasado es peligroso para los culpables; recordar es repasar el trauma, observarlo desde la distancia donde se puede inquirir, por eso hay un interés político en olvidarlo. Los dueños del poder quieren como menos direccionarlo, casi diciendo: «Usted que ha sufrido tanto, cuéntenos qué pasó. Pero solo lo que queremos escuchar». Borrando lo incómodo, lo que compromete al Gobierno insuficiente, y haciendo responsable subrepticamente a la víctima de su trauma, otorgándole a esta apenas la mirada «caritativa» de un Estado que «comprende» su dolor, pero con comprensión plagada de intereses estrechos, limitando su expresión, revictimizándola a su amaño, porque los sucesos traumáticos pasan cuando

menos dos veces, la original y la (o las infinitas veces) que se reproduce en su memoria, sumándole a la revictimización la impotencia y la rabia que infectan el desahogo, creando un resentimiento que fácilmente la transforma en victimario o en un resentido social. Cualquier proceso resiliente debe estar desvinculado de proyectos de manipulación disfrazados de política social para que sea efectivo y cumpla con la función de reparación. Además necesita estar ligado a una ética de la comunicación que permita la expresión pública del dolor sin cortapisas, pues la posición de la víctima resiliente no puede depender de la mirada o de las categorías que el Gobierno le arroguen, sino de lo que ella haga a pesar de dichas categorías. Es preciso entender a las víctimas como interlocutoras y no como «vulneradas por», lo que solo consigue etiquetarlas dentro de una problemática generalizada y por lo tanto tendenciosa, como si las repercusiones emocionales devenidas del trauma fueran iguales. Esto desindividualiza, parte del supuesto de que un trauma constituye un drama equivalente en todas las personas, mistificándolo. La igualdad debe estar dada en los derechos, no en las afectaciones. Medir a todas las víctimas con el mismo rasero social, cultural e incluso deontológico, no solo es desacertado, sino que puede prestarse para la victimización desmedida como instrumento para la obtención de derechos.

Es encomiable que algunas personas, por su cuenta, encuentren formas de cohesión social desde su tenacidad y su

resistencia, a pesar de los terribles fenómenos de violencia y sufrimiento que han experimentado, y que se inventen maneras de resistir, pero celebrarlos como un direccionamiento del Estado es un exabrupto propagandístico, porque sus representantes ni siquiera han logrado contener la espiral de violencia que incitó el trauma, ni han hecho mayor cosa para su reparación. Exponer a estas personas que no han tenido otra opción distinta a la violencia, como integrantes de proyectos de resiliencia estatal, es indolente y mezquino; esta gente se sobrepuso a la violencia por su cuenta, sobrevivió a ella como mejor pudo y tenemos que celebrarlo por lo humano que esos hechos conllevan, no por su corolario político, que incluso a veces pareciera alegrarse de que existieran los traumas que el Estado no pudo prevenir ni revertir, para elogiar que la gente los haya superado. Alabando a estas personas por sobrevivir, se olvida el papel que ha jugado y juega en el motivo de los traumas; hacerlo es domesticar la violencia y subvalorarla. Esto no enaltece la tenacidad de la gente, sino la inoperancia estatal, porque las personas, como los resortes, se recuperan solas. Que se ufane de la resiliencia quien proteja a estas personas no por ser resilientes, sino, y sobre todo, antes de serlo.

La finalidad de la resiliencia debería ser que no la necesitemos porque hay un Estado que suprime el ciclo de violencia que la hace necesaria, el resto es usufructo y tergiversación de un término cálido y portentoso, sin hacer nada para dotarlo de sustancia.

La resiliencia, como acción de la gente, es invencible, es la vida invaluable abriéndose campo. «Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser.»² El filósofo holandés Baruch Spinoza llama a ese esfuerzo conatus, una potencia que lleva a los seres vivos, entre ellos a los hombres e incluso a las cosas inertes a perseverar en ser. Todo tiene potencia de perseverar en su ser, pues en eso consiste, precisamente, el ser. De modo que el conatus, entendido como una especie de autoafirmación, se identifica con la potencia de ser y, a la vez, con lo que constituye al «ser siendo». Ninguna cosa tiene en sí misma nada que le pueda privar de su existencia, y siendo se opone a todo lo que no le permita ser. Y el hombre, como una de esas cosas, también se esfuerza por el mantenimiento de su propia existencia naturalmente. Esta persistencia lo constituye. En el hombre, la concreción del conatus, cuando se da referido al alma, lo llama Spinoza «voluntad», pero cuando va referido al alma y al cuerpo a la vez lo llama «apetito», el apetito por la vida. Ahora bien, ese apetito es el aferramiento que la gente tiene a su propia vida y que facilita la resiliencia. Unos lo portan como algo endógeno, una vitalidad exacerbada que les permite mantenerse siendo a pesar de cualquier contrariedad, y sus acciones lo vivifican a cada tanto; otros deben

2 Spinoza, B (1996). *Ética*. Alianza, Madrid.

encontrarlo porque a raíz de un trauma lo perdieron, lo desconocen o lo tienen latente. No creo que haya una fórmula mágica para unos y otros. No soy psicólogo ni sociólogo para atreverme a trazar una hoja de ruta individual o colectiva que garantice la activación de un dispositivo interno en las personas, que les permita desplegar esa potencia. Apenas soy un muchacho de barrio que escribe historias y a quien el arte le ha salvado la vida más veces de las que quisiera reconocer, por lo tanto, son las historias del barrio y el arte, los lugares desde donde puedo situarme para aventurar alguna respuesta. Los teóricos de la resiliencia la entienden como un proceso, y creo que este debe conducir a detonar esa potencia en la gente para transformar un hecho negativo en positivo. John Keats decía: «¿No ves qué tan necesario es ese mundo de dolores y problemas para educar la inteligencia hasta convertirla en alma?»³, pregunta que invita a la transformación de un problema en fuerza constitutiva; a otros les basta un guiño de un hijo, como le ocurre, en la novela *Río muerto* de Ricardo Silva Romero, a la mujer protagonista que, abrumada por el asesinato de su esposo, decide hacerse matar por los mismos verdugos hasta que un gesto de su hijo la recupera para la vida. Para otros es plantar un bosque, como le ocurrió al

3 Keats, J. (2002). *Selected letters*. Oxford University Press, New York.

fotógrafo Sebastião Salgado, quien encuentra en la reforestación de su hacienda el impulso para continuar después de perder la fe en la humanidad al haber sido testigo de su ferocidad en África y otros rincones violentados del mundo (como muestra el documental de Wim Wenders y Juliano Ribeiro Salgado, *La sal de la tierra*); o una sensación, como en mi caso, la luz amarilla de los bombillos en las casas (o como decíamos entonces, los focos), que cada vez cuesta más encontrar en este mundo iluminado en blanco y LED, y que nunca ha dejado de ser para mí sinónimo de hogar y abrigo cuando la encuentro. Todo eso detona la potencia que recuerda lo humano que se cree perdido y conmina a recuperar el apetito vital. En colectivo también ocurren estos fenómenos. Espontáneamente, la gente se une alrededor de una manifestación que le permite recuperar el universo simbólico e identitario que un trauma le arrebató, como es el caso de los muchachos en la dictadura argentina que después de haber sufrido persecuciones, encierros, torturas y desapariciones encontraron en las canciones de Charly García el aliciente para continuar en su lucha, e hicieron de temas como «Canción de Alicia en el país» o «Canción para mi muerte», la banda sonora de su resistencia; similar a esto ocurrió en Sudáfrica con el cantante norteamericano Sixto Rodríguez, a quien nadie conoció en su patria y que, sin embargo, por mil coincidencias y giros del destino (que están relatados en el documental de Malik Bendjelloul, *Searching for Sugar Man*), encontró en los

sudafricanos resistentes al *apartheid*. El público acogió su mensaje y lo hizo parte de un movimiento que propició el cambio del rumbo político de un país. Ni Charly ni Sixto hicieron estas canciones con una intención de movilizar a las masas de tal forma, empero, eso fue lo que ocurrió, lo que nos recuerda una vez más la potencia del arte y lo importante que puede llegar a ser en una sociedad que pierde sus referentes simbólicos; otra situación ocurre cuando un artista, en este caso un músico, está tan permeado por su ambiente que termina dando, en su obra, las pistas para entender ese espectro y para que, a través de la contemplación de su música, ese entorno se transforme y adquiera una dimensión positiva, como es el caso de Rubén Blades con los barrios populares de Latinoamérica y del grupo de rap antioqueño Alcolirykoz con el barrio de Aranjuez, un territorio denostado por el poder estatal y temido por la sociedad con una carga negativa en su acervo por haber sido la cuna de un grupo de delincuentes en la década de los años noventa del siglo pasado y que es reinterpretado por estos muchachos en sus canciones, desde el cariño, el conocimiento y la inteligencia, dotándolo de una aprehensión diferente, poniéndolo en el mapa de una forma afirmativa, y reintegrándolo a las dinámicas sociales de las que había sido alejado por las historias parciales que se conocían de él. Estos ejemplos, entre miles que el arte nos provee, demuestran su eficacia como detonante de resiliencia. Sin embargo, hay personas y

sociedades que no logran emprender ese proceso ni encontrar un detonante, porque su trauma sigue presente o porque no hay recetas infalibles, y es preciso buscar otras maneras de estimular su fuerza. También porque el arte sigue siendo elitista y no les llega a todos, y menos que a todos, a quienes más lo necesitan, que son las personas y las comunidades olvidadas de siempre. No quiero ser injusto, como siento que lo he sido muchas veces. Hay personas y comunidades que teniendo todo para emprender este camino no lo consiguen. Creo que la resiliencia también nos invita al entendimiento del otro y en ese entendimiento tiene que estar la paciencia de los tiempos y procesos que cada comunidad y persona requieran para afrontar sus problemas, por eso la resiliencia no puede estar ligada a ningún proyecto que obligue a resultados estadísticos, porque como en cualquier simbiosis, dichos resultados no dependen de una fórmula y tienen mucho de eventualidad, de manera que en la resiliencia debe haber la aceptación de su fracaso, fracaso que no implica renuncia sino búsqueda de nuevas alternativas. Por otro lado, participar activamente en el universo de la barbarie implica el resquebrajamiento de la estructuración simbólica con la cual el hombre teje sus propios lazos a la vida y organiza en la mente su relación con los congéneres: un individuo que ha experimentado una alteración identitaria reproduce estas mismas formas relacionales perturbadas cuando sale de su grupo y tiende a utilizar los mismos medios crueles para

resolver los incidentes que se le presentan, o puede permanecer en su grupo y crear formas de respuesta contrarias a las esperadas. Cuando era joven, fui testigo de actos de terrible crueldad, entre los cuales estaban las violaciones sistemáticas a mujeres de mi edad y condición en mi entorno, y escribí sobre eso con asombro y visceralidad, pero algo que no he contado y que durante mucho tiempo no he podido procesar, es el caso de una mujer que después de sufrir uno de estos ataques terminó viviendo con su agresor y teniendo con él dos hijos. Me rondaba en la cabeza cómo podían vivir con eso, de qué hablarían, qué anécdotas les contarían a sus hijos cuando les inquirieran sobre cómo se conocieron o sobre su procedencia, y muchas veces inventé posibles chantajes, ataduras de dominación, amenazas que me explicaran su vínculo, sin conseguirlo; otro caso impenetrable para mí fue el de una señora que albergó y convivió hasta su muerte con el asesino de su hijo, al que le ofreció su casa cuando, recién salido de la cárcel, volvió al barrio sin un peso y sin tener dónde quedarse. Siempre creí que esta señora planeaba envenenarlo o procurarle el mal de alguna manera, y no fue así. Murió de vieja y antes de morir le dejó la casa donde vivieron. Luego de muchos años de no poder explicarme estos comportamientos, encuentro en la resiliencia la clave que me permite entender estas historias. Trasmutar su odio en amor, aunque no sé qué sentían estas personas, esa opción se me hace más noble.

Quizás el dolor propio les sirvió para entender el dolor de los demás, trascender el recobro primario, voltear la respuesta, entregar lo contrario como forma de afianzamiento. En una sociedad donde los victimarios también cargan encima tanto dolor, enfrentarlos desde el amor me parece una opción significativa y enorme. Ellos quizás entendieron algo que muchos no hemos podido vislumbrar: lo único que vence al mal en cualquiera de sus manifestaciones es el amor, e hicieron de este la potencia con que reanudaron su vida interrumpida, incluyendo con grandeza en esa reanudación a quienes propiciaron la interrupción. Menciono estos casos, más que como ejemplo, como posibilidad, porque también creo que el perdón no se impone ni se decreta, se logra y es algo íntimo, solitario, a lo que se llega despacio; pero los refiero porque esas personas escogieron el amor como refugio e impulso, y eso me inspira respeto y me infunde esperanza en un país tan vengativo como el nuestro. Para terminar, un programa de resiliencia debe preguntarse cómo ayudarle a reconstruir una identidad a la gente, a tomar consciencia de aquello que constituye su potencial, para que puedan aportar esa identidad como equipaje de lo que son, con sus intereses, valores, habilidades y competencias. Esto constituiría un punto de partida importante para favorecer un proceso de reconstrucción de los lazos del tejido social que fue alterado por el trauma; en otras palabras, para favorecer la resiliencia.

Al final de *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino, el gran Kahn, mientras repasa los mapas de las ciudades imposibles que amenazan en las pesadillas, le dice a su interlocutor:

Y Polo: —El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquél que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.⁴

La resiliencia, por cualquier vía que se consiga y para todos los que hemos sufrido en esta vida, debe partir de esta segunda premisa: «Buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio». ‡

4 Calvino, I. (1991). *Las ciudades invisibles*. Minotauro. México.





CRISTIAN VALENCIA

Resiliencia en la tierra

EL TÉRMINO RESILIENCIA APARECIÓ EN MI VIDA EN EL MUY lejano año de 1980, en una clase de física que dictaba un profesor que siempre parecía cansado y no pasaba de 30 años. Era un término odioso como todos los de esa clase, porque venía acompañado de fórmulas complicadísimas y malas calificaciones. La resiliencia se medía en Julius y era la capacidad que tenían algunos materiales de soportar una tensión sin deformarse; palabras mías de ese tiempo: «capacidad de aguante, como la del Pambe»; palabras del gordo Zúñiga: «esa palabrita manda güevo porque nos van a comparar con una barra de hierro o de platino y todo se va a jodé». El gordo Zúñiga no era lo que se dice una lumbrera en clase, pero era capaz de predecir el futuro a corto, mediano y largo plazo. Así fue.

Años más tarde me enteraría de las distintas suertes del gordo Zúñiga: que se puso a traficar y lo agarraron preso en Miami; que luego estudió ingeniería eléctrica en la cárcel y que se especializó en energía alternativa; que hoy en día es el dios Sol en el estado de Montana y que nada en millones de dólares. Y si en ese entonces, irresponsablemente, hubiera comparado al gordo Zúñiga y al profe con un material resiliente, habría concluido que la resiliencia del profe de física tendía a cero, mientras que la del gordo Zúñiga sobrepasaba los límites de cualquier medición y se medía en dólares.

A finales de los años ochenta, escuché otra vez la palabra en boca de unos ecologistas radicales españoles que convivieron con nosotros —en ese entonces vivía en una enorme casa del barrio La Candelaria en compañía de una tropa de amigos de muchas partes del mundo—. Venían a investigar la capacidad de resiliencia de la selva húmeda tropical. Estaban pléticos con un par de viajes que habían hecho al Amazonas. Llevaban muestras de suelos, de miles de insectos desconocidos y de algunos helechos que, según ellos, eran los reyes de la resiliencia. «Han sobrevivido a todo, bien podrían ser el alimento del futuro», dijo Paco (¿por qué casi todos los españoles se llaman Paco?). Me enteré por ellos de la fragilidad de aquellas selvas milenarias y eternas. Ecosistemas perfectos amenazados por todo: hasta por el ruido de los aviones. De cualquier manera, como era su primera visita al

Nuevo Mundo no dejaron de lamentar el desgaste de la tierra en España y en todo el antiguo continente.

Estaban completamente influenciados por Crawford Holling, que introdujo por primera vez el concepto de resiliencia en la literatura ecológica. Era un tema apasionante. Ellos me presentaron al muy divertido escritor naturalista, Gerald Durrel y su trilogía de Corfú, que comienza con *Mi familia y otros animales*. Debo decir que lo que más me gustaba de ellos era que el rigor de sus investigaciones no permeaba todos sus momentos: también eran muy divertidos ¡Olé! Cuando terminaban el «curro» se dedicaban a la marcha bogotana, que en ese entonces era la gran marcha. Lamentamos cuando se les acabaron los recursos y prometimos volvernos a ver siempre, cosa que no pasó. Creo que en ese entonces aún éramos inocentes y creíamos en el futuro. No soñábamos con la escasez del petróleo y su coletazo con el *fracking*, ni con la mega minería acabando a saco con los paraísos, ni con la hijoputez de los políticos del mundo que no suscribieron los acuerdos de una feliz convivencia con el medio ambiente. Jugábamos a que éramos felices.

Con los años y el reposo de la adultez volví a escuchar el término en el año 2002, más o menos, y de nuevo hizo su aparición en lo que yo consideraba un ambiente hostil. Un pocotón de sabios decidió que esa era una cualidad de los humanos y las sociedades: aquel tiene capacidad de resiliencia, aquel no, aqieste más o menos. En últimas, me daban a entender que

era una especie de calificación moral. Como es obvio, desde mis clases de física, siempre he odiado las calificaciones de todo tipo. Ignoro en qué momento se desprendió de la física pura y dura, y de la literatura ecológica, y viajó por los universos del pensamiento hasta anidar en la psicología y convertirse en una palabra popular gracias a la publicación de *Los patitos feos*, de Boris Cyrulink, a comienzos de este siglo. Para los que no recuerden la fábula de los hermanos Grimm, es necesario decir que es la historia de un patito discriminado por feo, realmente por diferente, que cuando se desarrolla se convierte en un hermoso cisne. Cyrulink estiró el significado de esa fábula hasta lograr emparentarla con el desarrollo humano. Digo que era un ambiente hostil porque a mis 39 odiaba la sarta de definiciones que se hacían sobre el ser humano; que todos quisieran explicar y justificar sus distintos comportamientos basándose en una especie de causalidad fatídica. Y odiaba que me invitaran a rumbas con ínfulas intelectuales que derivaban sigilosamente en largas y aburridas discusiones donde la palabra «resiliencia» era una de las invitadas especiales y la única culpable de la muerte súbita de Richie Ray a las once de la noche. Debo decir que desde ese momento empecé a odiar la palabra, no por su significado ni su contundencia, sino por el uso abusivo que terminó por desgastarla.

Reconozco mi ligereza de entonces y reconozco la pesadez de aquellos intelectuales que no eran exponentes de esa alegría del conocimiento de mis amigos ecologistas españoles.

Resiliencia es un concepto clave y fundamental para el estudio de las sociedades modernas y, sobre todo, para poder encaminar las políticas públicas hacia la construcción de tejidos comunitarios, ecosostenibles, que hagan posible esa fortaleza frente a las distintas tensiones a las que muy probablemente estarán sometidos.

Vuelvo a la física y sus conceptos. La guadua es uno de los materiales más resilientes que existen. Puede soportar mucha tensión y tiene la fuerza necesaria para regresar a su condición inicial. Las casas hechas con guadua son sismorresistentes gracias a esa propiedad. Esto no quiere decir que podemos ejercer toda la presión que queramos sobre la guadua confiados en que retomará su forma inicial. No. La guadua puede romperse también. Y este es, palabras más o menos, el concepto básico que se aplica hoy en día a un ecosistema, a una sociedad o a un individuo. Así que no estamos hablando de entidades indestructibles. Los materiales, las personas, las sociedades, los ecosistemas sabemos resistir, pero somos vulnerables.

La economía de extracción es la más peligrosa de todas: la megaminería de lo que sea, el *fracking* o fractura hidráulica, la tala de bosques, la caza de animales silvestres. Todas estas formas significan la muerte de individuos ecológicos, potentes entidades vivas. Ante la muerte no habrá resiliencia que valga. Porque la muerte es la muerte, definitiva.

Voy a referirme primero al *fracking*, a manera de ejemplo, porque Colombia está al borde de aprobar esa práctica

malsana —aunque hay evidencias de que se ha implementado en otros tiempos—. Citaré, en desorden, apartes de algunas columnas de opinión de mi autoría que fueron publicadas en el periódico *El Tiempo* en distintas fechas.

El *fracking* consiste en fracturar la piedra a profundidades que superan los dos kilómetros, mediante el uso de agua a presión, con más de 500 productos químicos (...). Según datos del *New York Times* (marzo 7 de 2013), durante 2011 el estado de Texas usó 632 millones de barriles (cada uno multiplicado por 42 galones), para producir 441 millones de barriles de petróleo. La relación es como sigue: envenenar un vaso y medio de agua pura para sacar un vaso de petróleo. (...) En la Ronda Colombia 2014, la Agencia Nacional de Hidrocarburos (ANH) ofreció 18 bloques para ser explotados mediante *fracking*. Un ofrecimiento raro: como si ofrecieran un suicidio a plazos como espectáculo.⁵

Resulta muy cruel que justamente hayan hecho ese ofrecimiento en el año 2014, el año en que las imágenes de la sequía en el Casanare fueron demoledoras. Tanto animales de pastoreo como animales silvestres murieron de hambre y sed,

5 Valencia, Cristian. *Ojo con el fracking* (18 de abril de 2016). *El Tiempo*.

porque sin agua no hay pastos. Si bien hasta el momento no hay manera de relacionar esa sequía con los pozos donde se venía practicando *fracking* —como al descuido, como sin ley, como si nada—, no deja de ser, al menos, un hecho sospechoso.

El agua envenenada, envenenada estuvo. Lo que quedó fue un líquido que se habrá transformado en nube o estará fluyendo por el subterráneo, pero ya no en forma de H₂O. Era otra cosa. Resiliencia sería que el agua tuviera el poder de recuperar su forma molecular inicial. *Gasland* es un documental sobre el *fracking*, dirigido por John Fosh, ganador del premio especial del jurado en el Sundance Film Festival y nominado al premio Óscar del año 2011, que vale la pena ver porque desarrolla el tema con suficiencia.

La resiliencia, en términos ecológicos, consiste en crear condiciones para que exista un medio ambiente seguro. La premisa fundamental es: ni el hombre atenta contra el ecosistema ni el ecosistema contra el hombre. Y para que eso suceda se necesita de la intervención del Estado, de las comunidades y, obviamente, del individuo. En otras palabras, se trata de sustentabilidad. Cualquier economía basada en la sustracción irreparable de recursos es un tiro en el corazón, es un suicidio. Sería una equivocación gigante hablar de resiliencia cuando hablamos de extracción a saco.

Entre los años 2005 y 2016 visité en muchas ocasiones el territorio del Chocó. Debo decir que el enclave Chocó biogeográfico es la segunda región más biodiversa del

mundo, del planeta entero. Y que esa condición está seriamente amenazada por distintas fuerzas, algunas de ellas legales, como la minería a gran escala. Por paradójico que suene, ese tipo de minería tiene el aval del Gobierno. Un aval fundamentado en una sarta de mentiras de las que soy testigo: I. que no usan aglutinantes peligrosos como el mercurio y el cianuro; II. que son completamente sostenibles. Para que no suene duro, diré que son ¡pamplinas! El daño que hacen es irreparable. Aunque la AngloGold Ashanti alardee de sus buenas prácticas, lo cierto es que esa empresa minera ha dejado un rastro desolador a lo largo y ancho del planeta. Pese a todo, en este país le han dado las licencias que ha pedido; y los medios de comunicación nacionales le están pasando la cuenta de cobro de los daños ecológicos a la llamada «minería ilegal», en donde también están los mineros artesanales.

Según un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), escrito por los consultores Frédéric Massé y Jeremy McDermott⁶ en el 2012, en el departamento del Chocó quince empresas multinacionales poseían ochenta y tres concesiones mineras que abarcaban una totalidad de 209.000 hectáreas; esto sin contar con

6 Massé, F y McDermott, J (2017). Debida diligencia en la cadena de suministros de oro, El sector minero aurífero en Chocó. OCDE

las 94.899 hectáreas en títulos mineros que le han otorgado a AngloGold Ashanti. Estas cifras son un verdadero problema de orden social en el país que genera violencia e inestabilidad en los territorios. No se puede hablar de resiliencia ni a nivel social ni a nivel ecológico mientras esto suceda de manera legal en el país. Las agresiones al territorio son también una agresión a las comunidades y al individuo.

Gustavo Wilches-Chaux, experto ambientalista colombiano, ha trabajado a profundidad con el concepto de «resiliencia». Ha sido recurrente al comparar la resiliencia con la vida de las arañas y su capacidad para reconstruir las telarañas. A nivel social y ecológico dice que las condiciones para que exista la resiliencia deben ser construidas a plena consciencia. Habla de ocho variables, seguridades, para velar por ellas: ecológica, social, energética, jurídica-institucional, organizativa, alimentaria, emocional-afectiva-cultural. Todo un entramado que se interrelaciona de manera vital y definitiva.

En un programa de televisión de hace poco —ya en la era de la pandemia y la cuarentena—, cuatro personas se dedicaron a conversar sobre la resiliencia en el país. Un par de entrevistadores compartían el set con una experta en *coaching* empresarial y un especialista en *mindfulness*. Lo vi todo con morbosa curiosidad. Descubrí que la tristeza estaba proscrita; que el llanto, la melancolía, los sentimientos de odio y venganza eran deleznable a los ojos de estos expertos. Fue inevitable pensar en un cuento de ciencia ficción, uno de esos en donde todo el

mundo es feliz, a lo *Truman Show*⁷. Una sociedad inhumana y cruel, maquillada de la peor manera para esconder todos esos sentimientos que nos hacen humanos y vulnerables, tal vez nuestra condición más hermosa.

Conozco frases que resultan ser versiones de la resiliencia del todo inapropiadas: «Aguántese lo que sea, como un hombre, sea resiliente»; «no llore, le falta resiliencia»; «después de la masacre, comenzaron de nuevo: es una comunidad resiliente». Y entonces dan ganas de llorar. Pienso en las masacres de El Salado, La Rochela, Carepa, Mejor Esquina, Mampuján, Bojayá, Bahía Portete, y las otras cien que se me escapan, las otras cincuenta que desconozco, las otras mil que pasaron en silencio. Pienso, por ejemplo, en las recientes muertes de unos muchachos en Samaniego, Nariño; y en los chicos del cañaduzal a las afueras de Cali. Pienso en el daño irreparable de esta guerra de tantos años que no se calma, que parece alimentarse con los muertos y crecer todos los días como si fuera un maldito monstruo milenario peor que Saturno devorando niños. En este país ni siquiera hemos podido construir un enemigo como al comienzo de las civilizaciones —pienso en el célebre ensayo de Umberto Eco: *Construir al enemigo*—. Ni siquiera nos unimos como pueblo frente a un desastre natural, siempre atentamos contra nosotros mismos porque

7 Película de Peter Weir, 1998.

el enemigo somos nosotros. Y entonces qué desilusión, y qué lejos estamos con el Japón que se reconstruyó después del tsunami. Si pensamos en el desastre de Armero y la extraña forma como se entregaron en adopción cientos de niños sobrevivientes a la avalancha, tal vez aceptemos que somos una sociedad en crecimiento, que quizás estamos en la necesidad infantil, a siglos de la madurez de los nipones.

He visto reportajes sobre la capacidad de resiliencia de El Salado o Bojayá. Reportajes que se ufanan de cómo esas comunidades siguieron adelante a pesar de las terribles masacres. Reportajes que dan ganas de vomitar. ¿Qué otra cosa podían hacer las madres, los huérfanos, los deshijados, los desamigados, los desterrados, de todas esas personas asesinadas tan vilmente, tan a mansalva? Seguir adelante, claro, porque el día a día termina por diezmar todos los lutos, por esconderlos en algún rincón del alma. Seguir adelante porque, como dijo el poeta Jaime Villa: «Para la soledad llegó el silencio y para la pena la nostalgia». Debo decir que lo más importante no fue seguir contando días en los almanaques, como sin ganas. Lo más importante fue que esas comunidades se empeñaron en contar lo que pasó, decirlo en voz alta, cantarlo y volverlo chirimía, bailarlo, promulgarlo en radio y en prensa de todos los niveles. Porque sabían que el silencio es nefasto. En la soledad del silencio tantas mujeres son abusadas en sus hogares a manos de

sus compañeros sentimentales; en la soledad del silencio crece el mal como un cáncer que no mata, sino que se perpetúa para siempre en el tiempo una y otra vez por los siglos de los siglos, sin amén. Nadie puede hablar de resiliencia frente a la muerte. La única resiliencia posible en este país es que entre todos podamos construir las garantías para que esos horrores no se repitan. Y, ahí sí creeré en el término. Mataron al soldado Jiménez y al guerrillero raso Martínez, y al paramilitar Pérez, y violaron a Jimena en el monte frente a sus hijos; y empalaron a un par de ancianos a la vera de un camino por ser padres de un hijo guerrillero, o paramilitar o lo que fuere. Y pusieron una bomba que mató a treinta personas sin identificar, otra en un club, otra en un mercado popular; pasaron por el bar tirando bala a lado y lado y se llevaron los muchachos. Sembraron el campo de fútbol con minas antipersonales, violaron, asesinaron, descuartizaron, despellejaron. No. Hablar de resiliencia en esos casos es casi una tendencia sádica.

El único camino posible es crear condiciones para vivir en armonía. Sonará muy hippie lo de la armonía, pero es lo único que nos salvará. La resiliencia se construye a pulso, no es una cualidad moral que se tiene o no se tiene, como en las religiones. Nuestro país hubiera sido mejor sin tanto muerto, sin tanta batalla que no se recuerda, sin tanta rabia. Mejor construir con ellos, los matados con sus uniformes

hechos jirones, que tratar de hacer eficiente un país sobre una democracia de plastilina que se amolda a cada gobernante y sus secuaces. Ni siquiera somos un país de mártires, porque tanto muerto es imposible de recordar. Al menos los mártires gozan de una estatua en algún lugar del mundo, y se hacen romerías en su nombre. Aquí los mártires no existen, están bajo tierras ignotas, enmontados, enyerbados, sepultados sin medallas, sin rituales ni canciones.

Qué otro camino nos quedaba a los colombianos sino seguir adelante y adelante y adelante, al parecer imperturbables, pero llenos de llagas en la memoria. Eso no es resiliencia. Así nos tocó y se nos nota en la mirada esa violencia. Resiliencia es poder reconstruir lo humano que nos queda entre los huesos. Entre todos: entre los verdes, y los azules y los morados, entre las selvas, las ciénagas y los patos, y los ciegos, y los sordos y los dementes, y los llanos y los caimanes y los buenos y los malos y los cojos y los miserables y los ricos, y los campanos y los bárbaros y los caracolés y los deudos.

Esa es la esperanza. La única. Lo demás es caminar sobre este desamparo, como idos, como orates recién soltados. O pararnos en la resistencia con ímpetu, en la resistencia de la poesía que a veces o siempre es capaz de cambiar el mundo. Citaré una zarabanda de León de Greiff, fechada en 1929, porque es la letanía perfecta para un final que continúa siempre:

Las sienes destrizadas, los corazones rotos
Y los brazos rompídos de pugar con el viento,
—¡Nosotros no dormíamos oyéndolos, inmotos,
oyendo los inmotos cánticos desolados!
Sino que con las sienes rotas y los brazos vencidos,
¡sonámos la fanfarria de los nunca rendidos
y de los siempre derrotados! ‡

Autores

01. JAVIER **ORTIZ CASSIANI**

Valledupar. Historiador de la Universidad de Cartagena y magíster en Historia de la Universidad de los Andes. Ha sido profesor de las universidades de Cartagena, Jorge Tadeo Lozano, los Andes y Santo Tomás, sede Cartagena. Columnista de *El Espectador*. Ha publicado *Un diablo al que le llaman tren: el ferrocarril Cartagena-Calamar* y *El incómodo color de la memoria*.

02. GILMER **MESA**

Medellín. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Es profesor de Ciencias Políticas y Geopolíticas en la Universidad Pontificia Bolivariana y de Desarrollo Sostenible en el Tecnológico en Antioquia. Es autor de la novela *La cuadra*.

03. CRISTIAN **VALENCIA**

Santa Marta. Escritor y periodista. Columnista de *El Tiempo*, sus crónicas han aparecido en las revistas *Soho*, *Credencial*, *Gatopardo*, *Cromos* y *Semana*. En 2016 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría de opinión y análisis, por su columna «Postales de La Guajira».